

CALLEJONES: RELATOS DE VIDA QUE CONECTAN LA CIUDAD. UNA MIRADA DESDE SUS TRAMAS COMUNICATIVAS*

Callejones: Life stories that connect the city. A view from its communication networks

Marta Isabel Gómez Ruiz

Periodista de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

martisabelgomez@gmail.com.

RESUMEN

Este texto explora y hace visibles las formas en que los habitantes del barrio Picachito en la Comuna 6 de Medellín, construyen la ciudad. Para esto el trabajo se concentra en descubrir y relatar las tramas comunicativas de los callejones Saucos de Granada y La Minita. Las tramas comunicativas como el entramado de relaciones históricas, sociales, políticas y económicas que conectan los sujetos, los entornos y los eventos a través de significaciones culturales y representaciones simbólicas; tramas comunicativas que se traducen en derechos, como principio ciudadano del pertenecer a la ciudad. Los callejones como unidades básicas de algunos de los barrios de Medellín, donde se gestan formas de vida, que pasan por las acciones de vecindad, de supervivencia y la construcción simbólica de la calle. Allí los entramados comunicativos de las comunidades se convierten en hallazgos teóricos sobre cómo Medellín se ha tejido desde estas experiencias ciudadanas del habitar.

Palabras clave: tramas comunicativas, periodismo, comunicación, ciudad, callejones, Picachito.

ABSTRACT

This article explores and makes visible the ways in which the people of Picachito, that neighborhood in the 6th commune of Medellín, build the city. To do this, Callejones focuses on bring to life and describe the communication plots inside the Alleyways of Granada

* Este artículo hace parte del trabajo de grado Callejones, relatos de vida que conectan la ciudad. Realizado por Marta Isabel Gómez Ruiz, para optar al título de Periodista; asesorado por Dione Patiño García, Comunicadora Social - Periodista y especialista en Comunicación y Política. Universidad de Antioquia, 2013. El trabajo de grado recibió mención especial..

and La Minita. The communication plots, like the framework of historical, economical, political and economical networks that connect persons, or the environment and events across cultural meanings and symbolic interpretations; translate in civil rights, like the human right of belonging to the city. Alleyways are the quintessential part of the slums of Medellín; there is where the life stories, filled with survival and daily actions, form the symbolic construction of the street. The previous findings, the communication plots of the communities allow us to understand Medellín as it has been woved from the citizen experiences of living.

Keywords: communication plots, journalism, communities, city streets, alleyways, Picachito.

CALLEJONES: RELATOS DE VIDA QUE CONECTAN LA CIUDAD. UNA MIRADA DESDE SUS TRAMAS COMUNICATIVAS

La estética es el conocimiento sensible. La gente construye como lo siente y esto dice de la historia de los moradores, de su memoria, de sus formas de ser.

Ignacio René Uribe

De callejones está hecha la ciudad. Senderos alargados y estrechos guiados por las formas de las montañas verdes a las que otras montañas de color rojo ladrillo se han sobrepuesto, como un acto simbólico de apropiación de la ciudad. Callejón, expresión de la calle que se ha convertido en morada.

Medellín es la geografía de las historias de los hombres y las mujeres que la habitan. Cuerpos negros, mestizos, indios, viajeros, resistentes al agua y al sol; historias tristes, alegres, de sobrevivientes, de inmigrantes, de soñadores; todos creadores, algunos de la vida y otros de la muerte, pero todos creadores de esta ciudad. Por eso Medellín, como ciudad, es la morada natural de todos ellos.

La ciudad, en su concepto y experiencia diaria, es mutable, es el lugar de constantes producciones simbólicas de quienes la habitan y de quienes a diario pasan por ella. La ciudad no es homogénea, es diversa y en ella confluyen y conversan múltiples maneras de hacerla; es “contacto, regulación, intercambio y comunicación, relación entre personas, organizaciones e instituciones en lo que Salvador Rueda llama un ecosistema, un sistema de vida” (Ramírez y Aguilar, 2006, p. 338). Ecosistema por las relaciones de sentidos que hacen posible la vida social en sus esferas políticas, económicas, culturales, sociales e históricas; que en sus interrelaciones forman y dan sentido al cuerpo urbano.

La ciudad como texto y discurso en la que cada cosa y sujeto fija una textualidad del espacio y una memoria del territorio. De allí que no solo sea un fenómeno urbano en cuanto a la explosión demográfica, sino el lugar del ciudadano en cuanto es un espacio de derechos, de creación, de intercambio y comunicación.

Tramas de vida que se instalan en las mangas, en las pendientes de las montañas, en las orillas del río, en los bordes del valle, entre los espacios de una casa y otra, en los pedazos de cielo. Vidas cambiantes, imperfectas, serpenteantes como los caminos que han construido para llegar a esta ciudad y quedarse en ella. De allí que los callejones sean una expresión de Medellín, lugares en los que se construyen las sensibilidades estéticas y las relaciones cotidianas que hacen posible la vida social de la ciudad. Cada callejón de acuerdo al barrio tiene sus particularidades, no todos son lo mismo, ni expresan las mismas realidades, por el contrario, son referente de una ciudad diversa y múltiple. En ellos se condensa

el principio de la ciudad, como el lugar de los distintos, se condensan prácticas ciudadanas del habitar.

Los callejones Saucedos de Granada y La Minita son expresiones de las formas barriales que se han tejido en la zona noroccidental de la ciudad, en el barrio Picachito del Doce de Octubre, Comuna 6 de Medellín. Al mismo tiempo, son un detalle que habla de la manera como la ciudad se construye en medio de las tramas comunicativas de las formas ciudadanas del habitar; detalles que se expresan en estos caminos laberínticos y estrechos donde el encuentro se produce, la solidaridad hace que se permanezca, la vida a crédito permite sobrevivir y donde la vecindad es el acto político de nombrarse como parte de Medellín.

En las tramas comunicativas o *el mundo de la vida*, como las define Lebenswelt, (citado por Vizer, 2003), “son los individuos en sus interacciones mutuas y en sus reconocimientos, los que articulan las relaciones que instituyen una realidad, y recrean los contextos sociales: las acciones con creencias, significados, sentidos y certezas. Es el triángulo también clásico: cultura-individuo-sociedad” (p. 39). Así las tramas comunicativas permiten entender la comunicación como: “la construcción del sentido de la vida social, ‘las relaciones de sentido’, construidas en la vida cotidiana de la gente, en los relatos de los que se sirve para reconocerse a sí misma en la conversación de las costumbres con los medios masivos” (Vizer, 2003, p. 12).

En este sentido, la ciudad es un entramado comunicativo y deja de ser un espacio meramente funcional para convertirse en un lugar de relaciones de sentido, en el que cada habitante desde su mundo cultural, su historia individual y colectiva, desde sus formas de ser y en sus relaciones culturales y de ciudadanía, construyen los mensajes que hacen la ciudad.

La ciudad no es sólo un organismo que sobre la práctica demuestra su funcionalidad, es, sobre todo comunicación. Es un texto muy completo, una escritura colectiva en la que se puede leer la cultura de quienes la habitan, las huellas que han dejado sus moradores en el tiempo, la ciudad soñada, las utopías que le dieron forma, sus fantasmagorías, el orden social y los diferentes sentidos que va construyendo en ella dinámica social y las intervenciones de los hombres y de los grupos (Medina, 2003, p. 9).

Al mismo tiempo la ciudad o la *polis* en su concepción griega, se sustenta en el derecho, por representar el centro político, cultural y ciudadano; de allí viene el ciudadano que es sujeto de deberes y de derechos. Entonces la ciudad es el lugar del ciudadano, es el lugar que construye el hombre para estar en relación con los demás. Por eso dice, el arquitecto y docente, Ignacio René Uribe que “el derecho a la ciudad es un derecho de creación, los hombres se agrupan en comunidades y al agruparse para relacionarse, generan el derecho” (Entrevista, 8 de octubre, 2012). Es así como las tramas comunicativas, que recogen las distintas esferas de las realidades sociales, se traducen en derechos, como la connotación propia del ciudadano que en su relación con el otro, ha construido su morada.

Tramas comunicativas: expresiones ciudadanas

La tienda de Candelaria, el taller de bicicletas, el gato, las sombras de las casas viejas, el color de los ladrillos de las casas nuevas, los muros, las medianeras, las escaleras, la patineta, la ventana, la ropa mojada exhibida en la baranda del puente, la puerta blanca que apenas se cierra, la cortina roja, la señora que corre por la calle, la niña negra que lleva la caja, los sonidos, la música, los silencios; todo dice de esta ciudad y de quienes la habitan. Estéticas ciudadanas que se expresan en las formas de las casas, de los barrios, de las calles; allí hay una expresión espontánea y propia de la manera en que la gente se ha organizado y apropiado del espacio, allí es donde se dan la co-presencia y el intercambio.

Las señoras hablan en las escalas que están pintadas de rojo y verde. El columpio del parque de la esquina, donde paran los buses, suena con insistencia. Don Humberto empuja su bicicleta por la empinada calle de Picachito, regresa del Oriente antioqueño, sostiene el muñón de su brazo amputado en un molde que él mismo diseñó y que le permite continuar pedaleando. Daniel llama a Julián para jugar fútbol en la calle estrecha, más tarde llegarán más niños del barrio y jugarán a las escondidas.

Gente va y viene; se escuchan tantas conversaciones, como tantas casas hay. No hay quietud. Y al contrario de lo que dice el antropólogo James Holston (2008) sobre la desaparición de la calle en la ciudad modernista, aquí, en Medellín, en el barrio Picachito la calle es la vida y si desaparece una, desaparece el otro. En ella cada movimiento, cada gesto, cada construcción, cuenta una historia. Cotidianidades que provocan las relaciones de sentido de la vida social de la ciudad.

Los callejones, como tramas comunicativas, son un mapa de Medellín que habla de los modos de habitar, pensar, sentir y hacer la ciudad. Pues cada ciudadano con su saber actúa en el cuerpo urbano y de allí que la ciudad es un conjunto de conocimientos de construcción colectiva. Al mismo tiempo que en los callejones, como unidad mínima de la urbe, se hacen latentes las condiciones de vida de una sociedad de derechos.

En las montañas de Medellín, en torno al centro de la ciudad, se alzan casas construidas de forma irregular, ventanas sin marcos que dejan ver más allá, entre las cortinas de flores, balcones de madera mal cortada adornados con materos y ropa tendida en cuerdas que van de un muro a otro. Las casas, muy juntas la una de la otra, forman un barrio y en el afán de todos por tener una, cada rincón es la posibilidad. En estas montañas se han construido barrios y para llegar a estos hay que cruzar calles estrechas, escaleras casi infinitas, muros y paredes pintadas con una u otra idea que serpentea los barrios para indicar un inicio y un fin, aunque en ocasiones solo marcan la ruta de un camino que no termina. Entonces,

la topografía pendiente y de valles transversales hizo a los callejones obligados, propios del trasegar de los moradores de esta ciudad.

Los callejones parecen ser una remembranza constante de que Medellín se ha hecho en los cruces de caminos. Como lo cuenta el arquitecto Raúl Emilio Bastidas Arango, que la villa que fue Medellín tenía “unos caminos de conexión con Oriente, con Occidente y a partir de esos caminos se fueron creando otros asentamientos, asentamientos que han tratado de unirse. Entonces por las mismas vías de unión se van desarrollando más caseríos y eso es lo que ha creado la ciudad de Medellín que tenemos en este momento” (entrevista, 23 de marzo de 2012). Ahora esos caminos de tierra y piedra se han convertido en calles estrechas de cemento, en escaleras que ponen otros ritmos y otras sonoridades al caminar.

Y los caminos, dice el arquitecto Ignacio René Uribe, “son una génesis urbana, porque allí se cruzan las posibilidades de estar y quedarse” (entrevista, 18 de octubre de 2012). Por eso los callejones, caminos urbanos, son el principio de la ciudad. Recorridos que se han marcado en busca de un lugar en el mundo, son la entrada al caserío de una comunidad de pasiones comunes; quienes construyen sus casas en los bordes, lo hacen para quedarse, para hacer de ellos su morada, su lugar en Medellín. Y agrega Uribe que “el callejón es una morada, que se va identificando desde una familia, hasta unos vecinos que terminan interactuando entre ellos y van generando una serie de puntos de relación” (entrevista, 18 de octubre de 2012).

Caminos que se han convertido en morada, en los microcosmos de un universo que es la ciudad. Y de la manera en que han emergido estas moradas, también aparece el espacio público, reducido a la extensión estrecha que entre casa y casa se deja para circular, pero también para encontrarse. Son el punto de origen de la ciudad, porque allí, en el callejón, como una expresión de la calle, se provoca el encuentro y se hace posible lo público. El espacio público como el sitio de encuentro de los diferentes que habitan la ciudad, del diálogo, del disenso y del consenso, como el punto de relación en el que actúa la ciudadanía y se exhibe la ciudad en sus rostros y acciones.

Y como punto de origen, una característica de estos caminos urbanos es que tienen centros; es decir, el centro como un lugar físico determinado por el tipo de orden espacial. Allí, el centro se identifica por la concentración de actividades sociales de los moradores. En este sentido los callejones *son espacios rizomáticos*, una alternativa distinta para referirse al centro y a la periferia, planteada por Umberto Eco y, que Armando Silva retoma, para referirse a los imaginarios urbanos. “Cada calle puede conectarse con cualquier otra. No tiene centro ni periferia, ni salida, porque es potencialmente infinita” (Eco, citado por Silva, 2004, p. 126).

Allí se experimenta un cambio en el concepto de centralidad, ya que no hay un único centro y cada calle del barrio se convierte en la centralidad de la ciudad, donde emergen relaciones de poder que se interrelacionan para dar como resultado la vida social de la urbe. Espacios *rizomáticos* donde se viven a diario las formas de ser de los ciudadanos, que se expresan en derechos, deberes y en la constante de nombrarse parte de Medellín.

Al mismo tiempo, la infinitud se lee en las conexiones humanas, pues propio de los caminos es el encuentro, la confluencia de músicas, de historias de hombres y mujeres de lugares y saberes distintos. Conecta al transeúnte con la sonrisa de la muchacha del balcón, corredores abiertos para que la vida allí no se ahogue. El callejón es un referente urbano de conexiones múltiples: conecta a un barrio en su intimidad, a un barrio con el otro y se convierte en la materialización del acto de recorrer la ciudad y hacerla propia en la acción comunicativa del caminar. Al mismo tiempo es un conector de realidades sociales, porque el callejón es el adentro de la ciudad, donde converge la vida barrial y urbana.

El callejón es la célula del barrio, es ese núcleo básico donde se genera ese espacio público y donde se relaciona lo público con lo privado. Es lo que le va dando sentido a la ciudad porque es la célula y todas las otras células van constituyendo un mundo y eso es lo que hace que la ciudad sea realmente un lugar de encuentro (Uribe, entrevista, 18 de octubre de 2012).

En los callejones se gestan tramas de vida, que pasan por las acciones de supervivencia y las construcciones simbólicas de la calle, son un mundo semántico del barrio y una representación detallada de la urbe. Cargan a la ciudad de significados y sentidos que finalmente se traducen en una mezcla de encuentros y desencuentros en torno a la norma, la subsistencia y la apropiación de Medellín, como el lugar que les pertenece.

Como lo expresa la investigadora Luz María Tobón, “el callejón es el adentro del barrio y la ciudad” y allí el barrio se hace en detalle y las imágenes y construcciones sociales de la ciudad son más telescópicas. Las relaciones sociales que allí se producen, como un acto propio de los caminos, son la expresión de la vida social, económica, política y cultural de la urbe; y estas en su conjunto son tramas comunicativas que la configuran como un lugar de encuentro, donde se expresa el ejercicio de la ciudadanía, en sus derechos y deberes.

Trama comunicativa de lo social: la construcción de la morada

En Saucos de Granada como en La Minita, la casa es el referente social de pertenecer a la ciudad, pero también de la búsqueda por acceder a unos derechos de igualdad y dignidad. Y en esa búsqueda, las relaciones sociales propias del habitar tejen solidaridades y acciones colectivas que posibilitan la permanencia en la urbe.

Los hombres y mujeres que habitan a Sauces de Granada hallaron en Medellín un lugar todavía en tierra. Tejieron lazos de solidaridad para moldearlo y diseñarlo, y desde entonces permanecen allí. Así lo relatan Nora Mazo Escobar e Ilse Piña, vecinas y co-creadoras de Sauces de Granada:

Llegué en 1998, cuando todo era tierra y pantano. Cada mes hacíamos almuerzos, un mes le tocaba a una familia y otro mes a otra y entre nosotros mismos los comprábamos. Hacíamos rifas, bingos, mejor dicho de todo.

Alrededor de un almuerzo hablábamos de cómo construir nuestras casas, de lo importante de tener algo propio.

Cada una de las 40 familias llegamos con el mismo propósito, por eso decidimos que lo mejor era permanecer juntos para poder cumplir nuestros sueños.

Hasta que recogimos la plata para contratar las máquinas para que hicieran el terrazo.

Y ya entre las familias nos ayudamos a construir las casas, para que no todo fuera dinero.

Eso nos reuníamos y alrededor de un sancocho cargábamos arenas y pegábamos ladrillos. Todo fue en conjunto.

Así aparecieron casas y caminos estrechos.

Esa fue nuestra estrategia, porque en Sauces de Granada, encontramos un lugar en el mundo (entrevista, abril de 2012).

En los callejones la vida es horizontal con posibilidades de verticalidad. La horizontalidad es una poética del encuentro, de las formas en las relaciones vecinales y de los lazos de solidaridad que marcan de afectos el espacio habitado; redes de múltiples relaciones que se construyen al nivel de la calle y que forman un entramado, como la misma calle serpenteante que se habita.

El callejón, en sus relaciones sociales es primordialmente horizontal, aunque en sus estructuras habitacionales es vertical; representando en la terraza la posibilidad de crecer, de asegurar la permanencia de las próximas generaciones en la ciudad. Al mismo tiempo es una verticalidad diferenciada de otros espacios urbanos, como los actuales edificios residenciales; porque allí, en el callejón, se ha construido al ritmo de las necesidades, es una extensión de la calle y una prolongación de sus vidas, lo que justifica que las cercanías estén marcadas por los lazos familiares, pues es frecuente que quienes habitan esa calle, hayan nacido, crecido y conformado sus familias en ese lugar.

Por ejemplo La Minita, en Picachito, es un callejón heredado. Así lo relata Efraín Velásquez:

Todos somos los mismos. Los García son primos míos, Velásquez somos casi todos, los Acosta y Cifuentes somos los mismos porque la hermana de mi mamá se casó con un Cifuentes. O sea, aquí todos somos familia. Rosa Acosta y Marco Aurelio Acevedo fueron quienes dieron origen a la barriada de La Minita, y de la tierra que heredaron a sus hijos, cada una fue construyendo su familia y de ahí la barriada se creció.

Son las cercanías vecinales del callejón, que a su vez son la expresión de estructuras sociales del barrio y de la ciudad, donde los habitantes tejen su capital social. Allí se construyen unas relaciones sociales más íntimas, enmarcadas principalmente en las pasiones comunes, que hacen que los habitantes se encuentren en la diferencia de sus contextos culturales, para la construcción colectiva del espacio que habitan.

Relaciones de sentido que nacen de la necesidad primaria de la vivienda, de la necesidad que tienen los recién llegados de un espacio. Dice la investigadora Luz María Tobón “atraídos por la oscuridad de las montañas”. Allí no hay planeación, hay ocupación. Entonces “Medellín es fruto de la necesidad y la ocupación”. Y la vecindad hace parte de esa trama comunicativa-social que nos dice del otro que habita la ciudad como un sujeto de relaciones y de entender el callejón como la célula del barrio donde se producen estructuras sociales propias de la urbe.

La construcción de la casa es un acto social, es un ritual de toma de posesión, es un acto creacional del mundo que es la ciudad. Lo que convierte al callejón en el espacio vital en donde la ciudad empieza a crearse, lo convierte en el punto de origen. Un acto social que hace a los distintos iguales, en cuanto materializan el derecho a la vivienda y el derecho a la ciudad; y esa búsqueda de un lugar es una pasión que les permite agruparse para crear nuevas relaciones de sentidos a partir de la transformación del entorno urbano. “Todo territorio que se ocupa con el fin de habitarlo o de ritualizarlo como espacio vital es previamente transformado de caos a cosmos” (Eliade, citada por Silva, 2004, p. 48).

De caos a cosmos, sintetiza el proceso social no solo del callejón sino del barrio como su conjunto. En las historias de los habitantes el caos, representado en las mangas, el lodo, la oscuridad de la montaña, la ausencia de servicios públicos y, en general, de condiciones dignas para habitar, es transformado de manera paulatina; las personas empiezan por hacer sus casas, definir los caminos de tierra y solucionar con alambres y tubos la necesidad de energía y agua.

Trama comunicativa de lo político: afuera en el callejón, se hace la vida pública

En esta transformación del espacio que se habita, emergen relaciones de sentido que hacen posible la trama comunicativa-política, en cuanto provocan acciones colectivas que buscan el bienestar común, son lenguajes de solidaridad que reafirman la permanencia colectiva en la ciudad. Agruparse para dar solución de sus necesidades básicas, provoca no solo sellar socialmente la permanencia en el lugar, sino también el ejercicio del derecho a la libre asociatividad que el marco

legal de una sociedad democrática, como la colombiana, posibilita. Aunque este, en un principio, emerge de la condición natural del estar juntos y no de la acción consciente del ser ciudadano.

Por otro lado siendo el callejón el microcosmos construido, conduce a entender que “instalarse en un territorio, edificar una morada exige una decisión vital, tanto para la comunidad entera como para el individuo. Pues se trata de asumir la creación del mundo que se ha escogido para habitar” (Eliade, citada por Silva, 2004, p. 128). En este sentido el callejón es un espacio vital y un lugar compartido, en cuanto allí también se hace la vida pública de la ciudad.

En esta construcción de la morada, se evidencia un ciudadano político que se cuestiona sobre su condición en la ciudad y que interviene para modificarla. Allí se busca ese derecho constitucional de vivir en igualdad de condiciones. La creación del espacio vital implica las transformaciones físicas del lugar y la construcción de estructuras sociales que posibiliten la permanencia; es decir, es la creación material y simbólica que directamente pasa a configurar esas geografías físicas y sociales de la ciudad.

Y en esas geografías sociales se encuentran la vecindad y esas maneras particulares de convivir. Con-vivir es compartir la vida con el otro y en ese acto comunicativo, otra vida en común se construye. Prácticas como saludar al vecino; compartir las cuerdas de la ropa, que pinta de colores la tonalidad gris de la calle; conversar de ventana a ventana, magníficas confidentes que desprevenidas sueltan fragmentos de las historias de vida a la calle; o festejar en la calle, anunciando que allí hay vida, son prácticas sociales que dan identidad; porque además de las casas, se construyen hábitos, rituales en torno a la manera de habitar el espacio, de relacionarse con el otro; sensibilidades en las formas de hacer parte de la ciudad.

Podría decirse, que más allá de las arquitecturas de casas apeñuscadas y calles estrechas, la identidad es construida por las relaciones sociales, que permiten definir a las vecindades como las sensibilidades que hacen que los habitantes permanezcan allí; los lazos de solidaridad en el callejón se convierten en el acto poético de sobrevivencia en la ciudad, que en otras circunstancias resultaría inhóspita. “Tal socialidad será tanto más intensa cuanto mayor sea la proximidad entre las personas involucradas. En un análisis de la situación de vecindad, la proximidad puede crear la solidaridad, lazos culturales, y de este modo la identidad” (Guigou, citado por Santos, 2000, p. 271).

En este sentido agruparse, organizarse para definir las maneras de convivir y dar solución a las necesidades, es una acción política para permanecer en la ciudad. Tal y como lo narra Javier de Jesús Madrid, del barrio Picachito:

No había sede comunal, lo que teníamos era cuatro palos cubiertos con un plástico. Ahí metimos un amplificador de tubo y enterramos una antena, para hacer transmisión. Todos los fines de semana se invitaba a la comunidad para que saliera a trabajar en convites, para organizar las calles, la energía, el agua. Como no teníamos agua potable, optamos entre todos por comprar una caneca grande y organizar unos tubos para traer el agua de arriba; dispusimos la manga y ahí nos bañábamos y lavábamos, lo que hacíamos era organizarnos por turnos, cada familia. Ya luego todos por acá nos fuimos reuniendo e hicimos la petición para el agua potable.

En estos callejones de la Comuna 6 de Medellín, estas identidades se encuentran representadas por personas y por espacios; personas como la madre comunitaria, el primer habitante del barrio, el líder comunitario, quienes recogen esas poéticas de convivencia. Y en espacios como la tienda, el lavadero común, el parque, la esquina y la calle misma, que son puntos de encuentro y de sociabilidad, más allá de ser meramente funcionales. Por eso la ruptura sociológica del barrio, como unidad urbana que recoge al callejón, es que se pierdan las relaciones vecinales, porque a los barrios “los ha salvado la solidaridad que se genera en las relaciones con el otro” (Uribe, entrevista, 18 de octubre de 2012); en esas relaciones que han entretejido las identidades barriales que llevan a configurar el gran cuerpo de la ciudad. Según Gravano, “Podemos aglutinar tres sentidos de lo barrial: a) el barrio como componente de la reproducción material de la sociedad, como espacio físico, parte de la ciudad; b) el barrio como identidad social, atribuida y adscripta por los actores sociales; y c) el barrio como símbolo y conjunto de valores condensados y compartidos socialmente” (2003, p. 43).

De estas expresiones y formas de habitar aparecen los callejones como una manera de marcar el territorio urbano que se habita, es una materialización de estar en la ciudad, de recorrerla y de nombrar, como lo dice Armando Silva, “es un acto denominativo” (2004, p. 48) que le da identidad lingüística y física a Medellín. Silva expresa que denominar y recorrer, son dos ejercicios que hacen al territorio, como la entidad que conjuga el microcosmos y la macrovisión, siendo la primera el lugar afectivo desde donde se aprende a nombrar y a comprender el mundo. En este sentido el callejón se conjuga como ese interior de la ciudad desde donde esta se nombra y se recorre, los callejones como el interior social del cuerpo urbano de Medellín.

Los callejones son corredores céntricos de la vida urbana, porque son espacios donde se construye la ciudad; asumidos como las marcas diferenciales mencionadas por Silva, lo “que consiste en una marca territorial que se usa e inventa en la medida en que el ciudadano lo nombra e inscribe” (2004, p. 55). Es diferencial porque no ha sido una construcción institucional, sino una construcción social que marca definitivamente el habitar de la ciudad. En este sentido son caminos híbridos, entre la oficialidad y la no oficialidad, marcados inicialmente por la construcción de sus propios habitantes y que posteriormente pasan a ser reconocidos por las entidades gubernamentales.

Como es el caso de Saucos de Granada, que después de once años de haber sido construido por sus habitantes, en mayo del año 2009, a través de la Resolución 223 fue legamente reconocido por la Secretaría de Planeación Municipal, como un barrio de Medellín. “Seis mil cuatrocientos veinte metros cuadrados, el lote de mayor extensión de la ciudad, otorgado a sus habitantes como propietarios por estado de pertenencia, es decir, por habitarlo y organizarlo por iniciativa propia. Todo gracias a la manera de unirnos y de pertenecer a este lugar” (Piña, entrevista, 4 de abril de 2012).

Para el arquitecto Uribe (2012) la esencia de estos callejones se encuentra en *la lucha*, lo que justifica por qué los habitantes inscriben sus vidas allí. *La lucha*, se compone de historias que dicen de la manera como se han hecho a un lugar en la ciudad, como han transformado el espacio oscuro e inhóspito en un lugar para plantar la vida; *la lucha* también se traduce en pasiones colectivas que se condensan en un fin común y la pasión en su estado de colectividad moldea el territorio, le da una cierta identidad en relación con quienes lo habitan.

En esa organización del caos, quienes llegaron a las montañas oscuras que era en ese entonces la ciudad, moldearon el terreno a sus deseos y necesidades. Allí el que recién ubicó un lugar en la ciudad se encontró con otros con las mismas necesidades y deseos, y se agruparon para la construcción de un espacio digno para permanecer en ella. Porque tener un lugar en el mundo es algo más que tener una casa. Es pertenecer a él, que la piel adquiera el color de su tierra, la mente la espesura de sus formas, el ánimo los ritmos de su ambiente. Es inscribir las experiencias diarias en un cuerpo de tierra a cielo abierto. Porque cuando se busca un lugar en el mundo, se busca ser ese lugar.

Estas luchas que representan la acción ciudadana de agruparse para planear de manera colectiva y, a la vez, nombrarse ante los actores gubernamentales, los hacen sujetos visibles y reconocidos como actores sociales de derecho. Esta acción ciudadana requiere del consenso de los distintos, de un accionar conjunto y constante que los haga nombrarse como comunidad. Allí se crea un diálogo entre los ciudadanos y los actores gubernamentales, diálogo que los hace visibles, que los nombra y se traduce en un reconocimiento como parte de la ciudad, reconocimiento de su ciudadanía y de su condición de sujetos de derecho. Estas formas de agruparse son una solución a la necesidad, lo que facilita la construcción colectiva de lenguajes, símbolos y de respuestas.

El acuerdo, obliga el diálogo, el compartir unas pasiones y al mismo tiempo requiere del disenso. En este sentido el callejón es el lugar compartido, es el espacio público, el lugar de toma de decisiones, donde la acción ciudadana se vive. “La calle se convirtió en nuestra mejor aliada. En la calle hacíamos todo, las actividades para recoger fondos y las reuniones para decir lo que haríamos” (Mazo, entrevista, 19 de abril de 2012).

Esa construcción colectiva de lo público se provoca al organizar la calle entre todos, o cuando se apela al gobierno para solucionar una necesidad, lo público depende de las condiciones existentes para que los distintos construyan acuerdos. Esto se expresa en la vida del callejón cuando la necesidad de mejorar las condiciones de vida obliga al encuentro y la generación de propuesta para lograrlo. Expresiones comunicativas que hacen lo público desde lo simbólico, desde las relaciones de sentido. “Un espacio público, constituido por prácticas de comunicación, donde los ciudadanos se ‘constituyen’ a sí mismos en tanto ‘instituyentes’ de un espacio común compartido. Espacio social en el que se establecen de común acuerdo los códigos y los procesos que regulan y construyen las relaciones humanas, la identidad de sus actores y la propia ‘realidad’ de la vida social” (Vizer, 2003, p. 48).

Estas construcciones colectivas de la morada, y de la calle como lugar físico y social, son un acto de poder ciudadano en el hacer de la ciudad, son un acto de poder en la medida en que deciden las formas, por eso la ciudad es de construcción evolutiva y no un acto predeterminado. Y la calle es tan fuerte, porque en ella se exhibe la ciudad, que es la posibilidad de las cercanías; en ella se mezclan las jerarquías de poder y se condensa la vida de la ciudad.

Trama comunicativa de lo económico: intercambios para permanecer en la ciudad

La lucha, también se evidencia en las tramas comunicativas-económicas, que cuentan de esas maneras de supervivencia de los habitantes para no ser expulsados de la ciudad que han creado paso a paso.

En el callejón, como expresión de la calle, los discursos de una ciudad que vive del crédito y de lo mínimo se hacen visibles en las historias de los hombres y mujeres que desde múltiples oficios logran permanecer en ella, con lo mínimo del día a día.

En La Minita, Candelaria, la tendera, es una coordenada de la vida barrial y testimonio vivo de cómo los intercambios que se producen en el callejón, permiten la permanencia de todos y todas en la ciudad:

Aura ha llegado a la tienda y antes de fiar los buñuelos, le ha contado a Candelaria que ha estado trabajando por días, que espera que para diciembre resulte más trabajo. Solo el fiato y cuando uno tenga la plata cancela, ellos saben que casi no fio nada —dice Aura—. Al principio —cuenta Candelaria— la tienda era un ranchito de madera y cada ocho días no faltaba la gente, sábado y domingo se vendía mucho. Pero ahora los negocios han desmejorado. Aun así, Mario, un morador más de La Minita, hace tres meses abrió una tienda a la entrada del callejón.

Y desde esos oficios como el del vendedor, costurera o tendera, los habitantes buscan un reconocimiento social, que pasa por su actividad económica. Porque

permanecer activos económicamente es una manera de permanecer entrelazados a la ciudad. Y parte de la historia de Medellín está marcada por el deseo de sus emigrantes de hallar un trabajo mejor remunerado que les permita una vida digna en la ciudad.

La Minita es una calle alargada y estrecha. Al fondo se cruza con la otra calle donde inicia el otro barrio; no tiene escalas y es necesario caminarla despacio, dando espacio a quien sube o baja. A su entrada un letrero naranjado de venta de minutos a celular es tan llamativo como el aviso amarillo de “buñuelos corona” que sobresale del “arreglo ropa y pego cierres” que hay a la salida. Así, en estos callejones se cruzan inventivas de vida, porque esta calle estrecha es un detalle de la geografía de supervivencia de Medellín.

A modo de conclusión

El callejón como espacio social es un escenario de construcción de identidad e imaginarios sociales que se refleja en el conjunto de lo que es la ciudad de Medellín. En este sentido, si el barrio es la célula de la ciudad, los callejones, como lo dice el arquitecto y docente Guillermo León Molina, son las ramas de un árbol que se van expandiendo por lugares no pensados:

Yo me imagino a la ciudad en todos sus caminos como si fuera un gran árbol. Y en ese árbol hay un tronco, que es el dosificador del torrente humano, que se va ramificando, va subiendo por las montañas, se va moviendo puerta a puerta, camino a camino, altura a altura; por eso son tan importantes esas ramificaciones, que salir de los callejones a conectarse con el espacio público de la ciudad sea siempre de una manera digna, por más estrecho y abrupto que sea (entrevista, 18 de octubre de 2012).

Es así como los relatos de estos callejones son memoria de la ciudad. En sus historias familiares de ocupación nos hablan de una Medellín que se ha construido de la necesidad, de inmigrantes; nos dicen de cómo sus habitantes se han agrupado, se han organizado para ejercer su derecho a un lugar y a ser nombrados; narrativas que dicen de las formas y expresiones cotidianas que hacen a la ciudad en su complejidad social y urbana, y que pasan indiscutiblemente por los cuerpos y las vidas de quienes los habitan.

Por eso la ciudad es comunicación, porque en sus múltiples relaciones hay una creación constante de sentidos comunes que la hacen cambiante cada día. Porque con cada personaje, la ciudad es un discurso diverso.

Estos relatos de los callejones de Picachito son relatos sociales de la ciudad, son un detalle de la gran trama comunicativa que es Medellín. Discursos que son puntos de origen urbano, caminos donde se produce la vitalidad de la ciudad y a través de los cuales se narra la vida urbana. Lugares de materialización del estar

en la ciudad que convierten a la población que los habitan, en comunidades que comparten referentes de memoria e imaginarios que hacen que cada cosa que se diseñe tenga aceptación, genere provocación.

Acercarse a los callejones desde las tramas comunicativas es comprender que la ciudad aparece, se hace y se transforma desde estas construcciones sociales y urbanas. Es así como la ciudad se afirma en las tramas comunicativas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Gravano, Ariel (2003). *Antropología de lo barrial: estudios sobre la producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.

Holston, James (2008). La visión modernista y muerte de la calle. *Revista Antípoda*, n.º 7, pp. 257-292.

Martín Barbero, Jesús (2001). *De los medios a las mediaciones*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Medina, Federico (2003). *Comunicación, consumo y ciudad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Santos, Milton (2000). *En la naturaleza del espacio: técnica y tiempo, razón y emoción*. Barcelona: Ariel.

Silva, Armando. (2004). *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Ramírez, Patricia; Aguilar Díaz, Miguel Ángel (2006). *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. Barcelona: Anthropos.

Uribe, Ignacio René (2011). “**Ética urbana. La construcción de un ethos ciudadano**”. *Escritos*, vol. XIX, n.º 42, pp. 123-142.

Vizer, Eduardo A. (2003). *La Trama (In) visibles de la vida social: comunicación, sentido y realidad*. Buenos Aires: La Crujía.

Entrevistas

Elsa Piña, 4 de abril del 2012.

Guillermo León Molina, 18 de octubre del 2012.

Ignacio René Uribe, 8 de octubre del 2012.

Ignacio René Uribe, 18 de octubre del 2012.

Nora Mazo, 19 de abril del 2012.

Raúl Emilio Bastidas Arango, 23 de marzo del 2012.